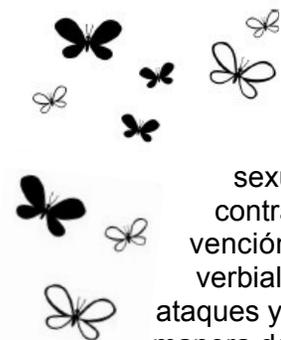




Women's Justice Center * Junio 2010 * Centro de Justicia para Mujeres
PO Box 7510, Santa Rosa, CA 95407 * Tel. (707) 575-3150 * Vol. XXXII

~ Prevención de la violencia sexual ~ Una búsqueda que necesita compás



Cuando se trata de violencia sexual, o cualquier tipo de violencia contra las mujeres, una onza de prevención valdría mucho más que la proverbial libra de oro. Una vez que estos ataques ya ocurrieron, en realidad no hay manera de revertir todo el daño ocasionado. Necesitamos desesperadamente una prevención eficaz para frenar esta violencia antes de que suceda. La libertad y las vidas de las mujeres dependen de ello. Sin embargo, pese a décadas de programas escolares y comunitarios dirigidos a prevenir la violencia sexual, encontrar esa onza de prevención que realmente funcione ha resultado ser una búsqueda sin compás en aguas muy turbulentas.

Ahora por lo menos hay un mayor reconocimiento de que la otrora estándar receta preventiva de darles a las jóvenes y niñas una letanía de consejos sobre lo que deben y no deberían hacer no sólo no funciona, sino además es una estrategia que de hecho refuerza las dinámicas de la violación, al quitarles la responsabilidad de ésta a los perpetradores. La mitad de las veces les sale el tiro por la culata a las mismas víctimas a quienes supuestamente esa receta ayuda.

En 2004, el Departamento de Justicia (DOJ) de Estados Unidos informó sobre su revisión de dos años de 59 diferentes programas de prevención de la violencia sexual que habían sido sometidos a diversos grados de evaluación. El informe del DOJ, denominado [*An Evidence-Based Review of Sexual Assault Prevention Intervention Programs*](#) [Una revisión basada en pruebas de programas de intervención para prevenir la violencia sexual], empezó por señalar la falta general de rigor de las evaluaciones que el DOJ estaba examinando. En el mejor de los casos, asevera el resumen, "...las pruebas que apoyan la eficacia de estos programas son débiles y en ocasiones contradictorias".



Según el informe, la mayoría de las evaluaciones de programas que el DOJ examinó hacía afirmaciones moderadas de resultados positivos. Pero estos resultados por lo general se referían a un mayor conocimiento entre participantes sobre los hechos en torno a la violencia sexual o mejoras en sus actitudes, de ninguno de los cuales puede remotamente decirse que se traduzcan en una reducción de esa



violencia. En su conclusión, el informe subrayó la necesidad crucial de estudios a largo plazo diseñados rigurosamente que midan los efectos reales sobre las tasas de ataques sexuales—estudios costosos que hasta la fecha no se han llevado a cabo. Sin embargo, desde el estudio del DOJ en 2004, la búsqueda de programas de prevención de la violencia sexual ‘basados en pruebas’ se ha intensificado considerablemente. Ha habido una activa experimentación con interesantes nuevos programas. Pero la ansiada prueba científica rigurosa de que tal o cual programa de hecho funciona para reducir los casos de violencia sexual sencillamente no está ahí. Y el término ‘basado en pruebas’ que acompaña a cada nuevo programa se lanza a diestra y siniestra, como siempre ha ocurrido.

Aun así, la antigua leyenda de la manzana que cae del árbol sobre la cabeza de Isaac Newton nos recuerda que las pistas importantes pueden venir tanto de una aguda observación del mundo a nuestro alrededor como de estudios fuertemente controlados.

En esta edición de *Justicia* examinamos algunas tendencias actuales en la prevención de la violencia sexual, tomamos una que otra pista del paisaje vivo y encontramos varias brechas evidentes, así como algunos senderos promisorios por donde transitar.

Previniendo la violencia sexual

Según progresistas de San Francisco, es el canto del gallo lo que hace que salga el sol

El 24 de octubre de 2009, en un patio vacío en Richmond, California, una joven de 15 años fue severamente golpeada y violada durante más de dos horas por al menos siete perpetradores, mientras 24 testigos vitoreaban, más se unían, tomaban fotografías y traían a otras personas a la escena para que se divirtieran. El 29 de octubre, la radio pública KQED de San Francisco transmitió un foro de una hora sobre las causas y prevención de estos crímenes.

A pesar de un presentador progresista, personas invitadas especialistas en el tema y radioescuchas liberales del área de la Bahía que llamaron al

programa, la muy predecible letanía sobre cómo prevenir la violación acaparó la hora. Lo que se necesita son menos drogas y alcohol, más urbanidad entre jóvenes, una mayor supervisión, menos juegos de video violentos, más iluminación en los patios, menos pandillas, menos pobreza, una mejor intervención en psicología de espectadores, menos racismo...



¡Listo! Otra brutal violación enterrada exitosamente bajo un aluvión de oscuridad. No hubo ninguna discusión sobre el sexismo, la opresión contra las mujeres o la violencia masculina. La palabra ‘misoginia’ sí salió a luz por un segundo, no recibió comentarios y se desvaneció sin más. Esto pese al hecho de que las más de 30 personas que participaron en el crimen eran hombres—lo mismo que ocurre en más del 98 por ciento de todas las violaciones.

El tono del programa no es ninguna sorpresa. En los últimos 15 años, los debates sobre la prevención de la violación han sido persistentemente despojados de un análisis de género y un marco de derechos de las mujeres. Desde los programas escolares hasta los de entrevistas por radio y televisión, esas discusiones han sido amansadas por acusaciones incesantes de ‘ataques contra los hombres’ y un puñado de estudios falsos que ‘confirman’ que las mujeres son tan violentas como los hombres. Incluso muchos centros para atención de crisis por violación han sucumbido a la postura de la neutralidad de género.

Y esto no es casualidad. Los poderes ilegítimos florecen más cuando constantemente se desvía la atención de las raíces de su ilegitimidad. La violación es a la vez una aplicación y un refuerzo de la dominación masculina. Ningún otro crimen refleja con tanta crudeza la división entre la supremacía de los hombres por un lado y la subordinación de las mujeres por el otro. El poder patriarcal queda protegido cuando esa línea se borra. Prevenir la violación exige exponerlo.

Lo que resulta especialmente perturbador es el grado al cual incluso las voces más progresistas de



nuestra sociedad se han tragado esa píldora. Han llegado a coincidir en que el canto del gallo es lo que hace que salga el sol cada mañana, el cielo es verde y la poción para prevenir la violación es más urbanidad, mejor iluminación y menos alcohol.

Desde Haití, claridad en la crisis

Días después de que el terremoto en Haití acabó con las vidas de 250,000 personas, el mundo estaba a una tensa expectativa por las vidas de otros dos millones de personas haitianas que se encontraban a un paso de la muerte por deshidratación y hambre. Un terrorífico brote de violencia en todo el país estaba estrangulando los esfuerzos de socorro en cada esquina. Los camiones que portaban suministros eran atacados y se veían abrumados. A la gente le robaban la comida de las manos para luego venderla en el mercado negro. Abundaban las peleas violentas en las filas para recibir alimentos.

¡La violencia debía ser frenada! No había espacio para mitos, tabúes, tradiciones, juegos, ocultamiento, o humo y espejos. El Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas hizo un osado anuncio: ¡Sólo mujeres, niñas y niños en las filas de alimentos! ¡Ningún hombre permitido en éstas!

De la noche a la mañana se detuvo una epidemia nacional de violencia. ¡Problema resuelto! ¡Prevención por excelencia! Sería casi imposible diseñar un estudio más definitivo u obtener resultados más concluyentes.

Igualmente iluminador para esta discusión es el hecho de que, por un momento muy breve, la respuesta del mundo fue impresionantemente cuerda. No hubo clamores rabiosos de ‘ataques contra los hombres’ ni acusaciones de ‘esquemas feminazis’. Y nadie hizo alusión a esos ridículos estudios que ‘confirman’ que las mujeres son tan violentas como los hombres. Porque, en verdad, cualquiera que vive en este planeta es plenamente consciente de que, cuando se trata de violencia, desde la violación hasta el militarismo, el problema radica en la conducta masculina.

La mayor parte del mundo no está a punto de morir mañana, pero de todos modos estamos a un paso del abismo. La violencia debe ser frenada. Y no hay tiempo para juegos. Es necesario responder pregun-

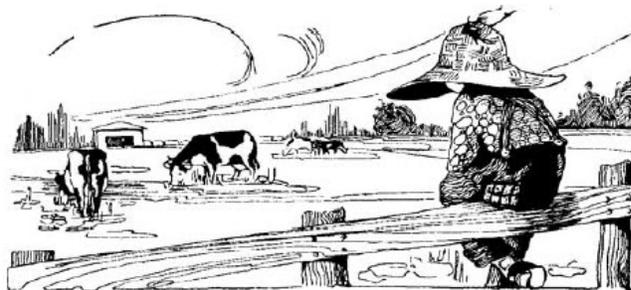
tas cruciales: ¿Cómo estamos criando a los varones? ¿Dónde están los puntos de intervención en la conducta de los hombres? ¿Qué motivará los cambios? Y muchas otras.

Pero mientras sigamos fingiendo que el problema no está marcado por el género, ni siquiera llegaremos a abordar las preguntas.

Desde hombres en el horizonte, avances y ambigüedades

Uno de los acontecimientos más alentadores en años recientes ha sido el surgimiento de grupos de hombres que se dedican a involucrar a los hombres en la erradicación de la violencia sexual. Sus análisis, para beneficio, están planteando toda una serie de nuevas preguntas. En un documento de investigación publicado este año en la revista *Sexualities*, la socióloga Tatiana Masters analiza el enfoque de seis de estos grupos nacionales de hombres y señala varios dilemas.

Algunos de esos grupos apelan a características tradicionales identificadas como masculinas, entre ellas la fuerza, la virilidad, una actitud protectora y heroísmo, al igual que en la campaña [“Mi fuerza no es para lastimar”](#). Pero Masters pregunta: ¿no fortalece esto la rígida división de los roles sexuales según la cual ‘los hombres son fuertes y las mujeres débiles’, noción que es un factor bien conocido en alentar la violación?



Ella contrasta esto con otros grupos de hombres que han tomado el rumbo opuesto de intentar suavizar las distinciones entre los roles motivando a los hombres

a abrirse a su lado femenino para ser compasivos y amorosos. Acá Masters plantea una pregunta igualmente obligatoria: ¿puede este enfoque apelar a suficientes hombres como para llegar a ser importante?

En otra faceta de estrategia, la autora opina que los grupos varían en el grado al cual exigen cuentas a todos los hombres por la violación. Algunos grupos hacen lo que ella llama aplicar la ‘otredad’, es decir, el enfoque de ‘los violadores son hombres malos,

nosotros somos buenos’, como se ilustra en la campaña “Los verdaderos hombres no violan”. En contraste, otros grupos piden a todos los hombres que examinen las formas en que sus propias conductas son parte de un continuo de la cultura de violación. Es debatible cuánto puede suavizarse el mensaje y aun así ser efectivo. Pero al menos es un primer paso.

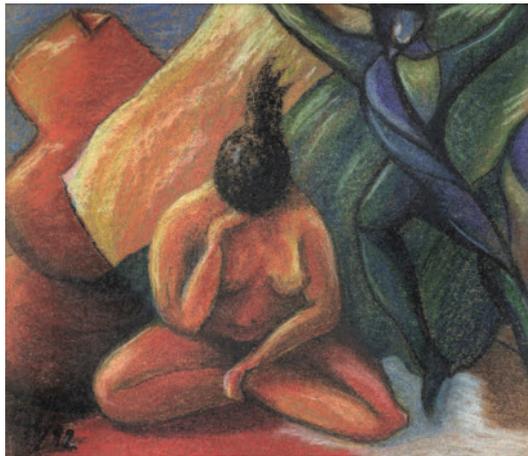
Desde las líneas del frente, el modelo de espectador, un paso adelante, muchos más por dar

A la vanguardia de las estrategias en desarrollo está lo que se conoce como el modelo de espectador o curioso inocente. En realidad es un nombre desafortunado pues evoca la imagen de enseñarle a la gente a intervenir en una violación real, lo cual para nada es la idea central. La premisa de este modelo es enseñarles a las personas y comunidades cómo intervenir en la cultura de la violación, con el objetivo final de transformar las normas comunitarias que respaldan este crimen.

(Un ejemplo de este modelo y recursos relacionados se encuentran en la publicación ‘Sexual Violence and the Spectrum of Prevention: Towards a Community Solution’ [‘La violencia sexual y el espectro de la prevención: Hacia una solución comunitaria’], disponible en www.nsvrc.org/cms/fileUpload/spectrum.pdf.)

Un paso alentador es que el modelo de espectador se abstiene de decirles a las mujeres lo que deben hacer para prevenir la violación, un método que—según coincide a mayoría en la actualidad—provoca más daño que beneficio.

Además reconoce una cierta futilidad en decirles a los violadores que no violen. Por el contrario, el modelo de espectador ve a los hombres y las mujeres como agentes del cambio cultural. El mensaje es positivo. Asimismo, reconoce la necesidad de que todas las personas que ocupan cargos comunitarios modifiquen sus conductas.



Desnuda y violada por el viento
Claudia Herodier, 1992

Estratégicamente, el modelo de espectador es análogo al exitoso ‘modelo ecológico’ de la salud pública moderna para la prevención de enfermedades.

Precisamente ahí está su defecto. La violación está más profundamente arraigada que un fenómeno cultural y tiene motivaciones más intencionales y maliciosas que una enfermedad socialmente neutral. El modelo ignora la intensa concentración de poder patriarcal en las instituciones dominadas por hombres que protege la violación como un instrumento eficaz para mantener la subordinación social, política, económica y sexual de las mujeres. Estas arraigadas concentraciones de poder masculino pueden fácilmente aplastar cualquier cambio cultural que pudiera lograrse, como lo muestra el siguiente ejemplo.

Desde el Vaticano, acusaciones de “habladurías”

Veamos cualquier institución dominada por hombres—las fuerzas de la ley y el orden, los deportes, el ejército, las corporaciones, los Niños Exploradores, los medios de comunicación—y nos percataremos de que cada una, en su propio terreno, fácilmente ha hecho retroceder los intentos culturales e incluso legislativos por acabar con la violencia sexual. Tomamos como ejemplo la Iglesia Católica porque los detalles son tan frescos.

Según el modelo de espectador, el problema del abuso sexual infantil en la Iglesia debería ser solucionado. Las normas públicas se volcaron desde hace mucho tiempo contra la Iglesia por su encubrimiento de sacerdotes pederastas. También se han establecido políticas eclesiales y leyes estatales para reportar estos casos.

Sin embargo, pese a que por décadas las víctimas han estado denunciando los abusos, sus historias aún se topan con acusaciones de “habladurías” por parte del Vaticano. En los Estados Unidos, sólo en las últimas semanas la Iglesia ha llevado a cabo un intenso y exitoso cabildeo por lo menos en tres estados para echar por tierra una ley que les habría permitido a las víctimas buscar justicia en los tribunales civiles.



JUSTICIA



Aquí en el Condado de Sonoma, el obispo Walsh fue traído hace diez años para resolver el problema local de abusos sexuales cometidos por sacerdotes. Hace un mes, Walsh rechazó la recomendación de su propio comité asesor de retirar a un sacerdote, a pesar de que el comité había investigado el caso por dos años.

Y hace dos años, cuando Walsh detonó la indignación del público al haber postergado reportar a un sacerdote pederasta conocido, dándole tiempo a éste para escapar, vimos cómo otras instituciones patriarcales se aprestaron a proteger a Walsh. El fiscal de distrito optó por no procesar la obvia violación criminal de Walsh. Y 13 líderes empresariales, todos hombres, firmaron una carta conjunta, publicada en el diario *Press Democrat*, instando a actuar con compasión—no compasión hacia las víctimas, ¡sino para el obispo Walsh!

Un mero cambio en las normas públicas no puede derrocar esa clase de poder más de lo que podría poner fin al robo financiero por parte de los megabancos en los Estados Unidos. Cualquier esfuerzo serio por prevenir la violación debe exponer el poder patriarcal arraigado en la historia y las estructuras de las instituciones más atesoradas en la sociedad. Y luego enseñar cómo desmantelarlo y volver a imaginarlo.

Desde el futuro, la atracción de una visión más potente

A primera vista parece que es fenomenal la batalla por anclar la prevención de la violación en un marco de derechos de las mujeres que sea sensible al género y empujar a las comunidades a excavar más a fondo para sacar de raíz las poderosas estructuras que sostienen la violación. Pensándolo bien, sin embargo, tal vez sea precisamente debido a que la violación es presentada como poco más que un fenómeno cultural ofensivo que las comunidades no ven mayor razón de movilizar y organizar las fuerzas necesarias para ponerle fin.



Pero si las comunidades llegan a comprender que la violencia sexual es un instrumento de control para mantener a todas las mujeres del mundo en un estado de miedo y sumisión, así como uno de los principales pilares que sostienen los

amenazantes poderes patriarcales, entonces eliminar la violación se convierte en nada menos que una misión para cambiar el mundo, una visión luminosa por la cual vale la pena luchar. ¡Sencillamente no hay tiempo para algo menos que esto!

• • •
Está permitido reproducir y distribuir esta información, siempre y cuando se mantengan intactos el crédito y el texto.

Copyright © Marie De Santis,
Centro de Justicia para Mujeres

www.justicewomen.com
rdjustice@monitor.net

• • •
Sitio de este artículo:
www.justicewomen.org/PreventingSpanish.pdf
Versión original:
www.justicewomen.org/p1_web.pdf.pdf

Traducción del inglés:
Laura E. Asturias
info@transwiz.org
<http://sites.google.com/site/lauraeasturias/>